LA FRASE MALSONANTE, EL INSULTO Y LA BLASFEMIA, SEGUN EL AMBITO LINGÜISTICO-CULTURAL

ANGEL CHICLANA

Universidad Complutense de Madrid

Empezaremos por hacer una distinción, al mismo tiempo que la identificación, entre los tradicionalmente opuestos conceptos de lenguaje formal y lenguaje coloquial. Todos sabemos cuáles son las diferencias, pero las ideas quedarían más claras si usásemos el adjetivo «literario» en lugar del adjetivo «formal». Porque es, efectivamente, la fuente de la que brotan los argumentos para descalificar al lenguaje coloquial, tachándolo de imperfecto frente al paradigmático lenguaje literario. Y cuando he dicho literario no me refiero sólo a la lengua usada para escribir obras de literatura, sino simplemente a la lengua escrita. Es natural que ésta sea más cuidada, más meditada y más correcta, porque la escritura supone un proceso más lento que la expresión oral, y así, cuando escribimos, tenemos tiempo para pensar y elaborar la frase con la que queremos expresar nuestro pensamiento. Pero también, porque el lenguaje escrito se ve desprovisto de la entonación, la gesticulación o, simplemente, la proximidad del receptor, al que, en la comunicación oral, podemos aclarar, repetir y subrayar ideas o conceptos. Por ello tenemos que recurrir a la técnica, a la gramática (orden y concierto), para que el pensamiento quede expresado diáfanamente. Muchos de los elementos del lenguaje coloquial, por otra parte, están vacíos de significado, son simples muletillas, interjecciones, vocativos y mil otros recursos que se improvisan precisamente por la proximidad y la inmediatez de la comunicación, y que no son necesarios, por lo tanto, en la comunicación escrita.

Por último, todos sabemos que *scripta manent* y que *verba volant*, y no queremos dejar permanentemente en nuestros escritos un rastro de descuido, de incorrección o de ignorancia.

Por esta razón, nuestros maestros, hasta hace muy poco tiempo, nos han enseñado lo que era considerado como lengua correcta o formal al mismo tiempo que nos desaconsejaban el uso de la lengua informal.

El tabú o la prohibición por parte de una presión social que se creía estar en

II ENCUENTROS COMPLUTENSES. Ángel CHICLANA. La frase malsonante, el insulto y la blasfemia, según el...

Centro Virtual Cervantes

posesión de la verdad en todos sus aspectos, y por consiguiente también en cuanto al uso lingüístico, había expulsado del uso entre personas «educadas» determinadas expresiones, un cierto vocabulario y hasta unos temas concretos.

Pero en la creación literaria de la posguerra, especialmente en la novela, aparecen tendencias y corrientes que usan y propugnan la utilización de un lenguaje coloquial o familiar: en la búsqueda de una expresión cada vez más realista propugnan la utilización de vulgarismos y palabras tabú, que hasta entonces no habían tenido abiertamente su lugar en obras escritas.

Naturalmente que este tipo de escritos o estos temas han existido desde siempre, pero o no se han considerado clásicos (en el sentido más exclusivista de la palabra) o su lectura ha sido desaconsejada a determinados públicos o se han editado con omisiones y censuras en nombre de ese buen gusto dominante. Las gentes de mi generación recordamos las ediciones expurgadas o para niños. Esta misma realidad va unida también a consideraciones descalificadoras de determinados géneros o subgéneros literarios. Las obras de burlas, críticas o satíricas han sido siempre consideradas como un género menor. Unos pruritos retóricos basados en la imitación del *optimum*, representado por los clásicos grecolatinos, han desterrado de los grandes géneros a este tipo de obras, olvidándose, por cierto, que Aristófanes, Plauto, Catulo o Marcial pertenecen también al mundo grecolatino.

Con el Humanismo aparecen las primeras reflexiones sobre el hecho mismo de la lengua. Desde los gramáticos anteriores, codificadores y estudiosos de la óptima lengua latina, fijada perennemente por los escritos, hasta las reflexiones sobre la lengua hablada de cada día, se ha dado un salto cualitativo. Pietro Bembo, Castiglione, Juan de Valdés, Du Bellay, con pequeñas matizaciones, están reflexionando sobre la propia lengua, cotidiana y viva, no sobre una lengua muerta. Juan de Valdés, en su *Diálogo de la lengua*, afirma: «Escribo como hablo». No se trata todavía de un intento de reproducir realistamente con fines estilísticos la naturalidad de lengua hablada, sino de la simple codificación de un instrumento natural para la lengua escrita. A continuación el mismo Juan de Valdés nos dirá: «únicamente tengo cuidado de escoger los vocablos más...». Más sonoros, más exquisitos, más exactos, etc. Las muchas antologías de refranes que aparecen en el siglo XVI, siguiendo el modelo de Erasmo, nos hablan del prestigio y valoración de la lengua hablada, frente, aunque no en contra, de la que preconizaban los preceptistas clásicos.

Ese mismo naturalismo lingüístico sí que es utilizado con intencionalidad estilística en el enfrentamiento de los dos registros de *La Celestina*, lenguaje de los personajes cultos o socialmente preeminentes frente al lenguaje de los criados. La misma intención tienen las burlas del lenguaje «oficial» o petrarquista en las comedias de Aretino, lenguaje artificioso y anacrónico, eminentemente literario, preconizado por Bembo. Ese mismo naturalismo quiere reproducir Cervantes en la lengua de Sancho, ensartador de refranes traídos a contrapelo y deformador de palabras cultas y literarias que usa sin saber qué quieren decir. O Shakespeare en el lenguaje de los *clowns* y los *mechanicals*.

II ENCUENTROS COMPLUTENSES. Ángel CHICLANA. La frase malsonante, el insulto y la blasfemia, según el...
Centro Virtual Cervantes

Personas que disfrutaron de las ventajas de una buena educación «oficializada» rechazaron en su momento las obras de Emile Zola por los temas que trataban. La sociedad victoriana se escandalizó ante las obras de Lawrence no sólo por sus temas, sino también por su lenguaje. La crítica calificó en su momento a la primera narrativa de Cela como «tremendista», con gran contento por parte de su autor, que hoy ocupa uno de los sillones de la Academia de la Lengua. El cine, hace unos años, deslizaba algún que otro taco o palabra subida de tono, con gran escándalo de algunos de los espectadores que pensaban que, siendo el cine un medio de comunicación abierto a todos los públicos, aquella situación era excesiva. En todo caso, quienes detentan el poder (y no olvidemos que la cultura es una de las manifestaciones o una de las armas del poder) se han sentido siempre obligados a proteger a los que previamente habían sido excluidos de esa misma cultura. O a proteger su propia parcela de poder.

La literatura de nuestros días ha venido a cambiar estos valores. Muchos de los términos con que han sido escritas estas nuevas obras literarias han sido calificados (y todavía lo están siendo por ciertos sectores) como vulgares u obscenos y han sido tradicionalmente eliminados de muchos y muy buenos diccionarios. Sin embargo, han formado parte desde siempre del lenguaje coloquial. No han sido inventados por los nuevos literatos. Estos no han hecho más que incorporarlos con una intención estilística a los textos literarios. Intención estilística he dicho y quiero subrayarlo: el autor quiere dar naturalidad al texto, quiere retratar realistamente a los personajes, quiere reflejar la lengua en la que hablan, porque esa lengua forma parte imprescindible y definitiva de esos retratos.

Esto nos plantea en estas Jornadas sobre la Traducción el problema de la traducibilidad de los coloquialismos, las expresiones vulgares u obscenas, las blasfemias, etc., que no siempre son traducibles o, por lo menos, no siempre son traducibles al pie de la letra o al pie del significado. Ni el espíritu ni la letra de tales expresiones son siempre comunicativas y, por lo tanto, traducibles en conceptos.

Está claro que en el lenguaje de todos los días ha entrado con toda naturalidad la utilización de palabras consideradas obscenas y prohibidas hasta hace poco tiempo, en nombre del buen gusto. Por lo menos, así ocurría en determinados grupos sociales o en determinadas circunstancias; todos recordamos que ciertas cosas no debían decirse «delante de señoras». Las nuevas generaciones han liberalizado estos usos y hoy es corriente entre gentes de la misma edad, entre colegas de trabajo y en reuniones distendidas y, desde luego, no hay represión ninguna por el hecho de encontrarse presentes personas del sexo femenino, entre otros motivos porque la mujer ha accedido al mercado del trabajo, lo que supone al mismo tiempo acceso al instrumental comunicativo de un mundo, hasta hace muy poco tiempo reservado al varón.

El algunas publicaciones americanas se han estudiado, desde hace ya treinta años, las causas de esta invasión de lo hasta ahora considerado tabú y todas

II ENCUENTROS COMPLUTENSES. Ángel CHICLANA. La frase malsonante, el insulto y la blasfemia, según el...
Centro Virtual Cervantes

ellas coinciden en señalar como causa de estos cambios el rechazo por parte de los jóvenes de los valores tradicionalmente aceptados. Efectivamente, en los años 60, coincidiendo con el rechazo del *American way of life*, con la guerra del Vietnam, con las masivas rebeliones negras de Detroit o Chicago, con la extensión del movimiento *hippy*, aparece en toda la prensa universitaria (lo que se conoce como *college press* o publicaciones, muchas veces diarias, que se editan en cada una de las numerosas universidades de los Estados Unidos), aparece, como digo, el uso y abuso del vocabulario obsceno. Digo abuso porque, efectivamente, el fenómeno tenía algo de rebuscado; el objetivo primario de esa empresa no era la comunicación, sino sencillamente el escándalo. *«I don't care what I'm saying, I just want to fuck that people»*, me dijo una vez uno de los redactores del periódico de la universidad en la que yo estaba enseñando por aquellos años. Los objetivos se alcanzaron en su momento; yo tuve la oportunidad de vivir la experiencia. Hoy parece ser que este movimiento ha remitido; no cabe duda que el uso continuado de lo escandaloso termina por dejar de producir escándalo. De la misma manera que el uso continuado de un vocabulario obsceno termina por desgastar el componente de obscenidad que tuviera en sus comienzos.

La famosa y escandalosa *four letter word*, como eufemísticamente se designa en inglés al verbo *to fuck* o al *cunt*, hoy ha perdido prácticamente todo valor denotativo. Su uso simplemente sirve para reforzar la expresión o como interjección. Algo parecido a lo que ocurre con su equivalente español, «joder», o con el recurrente «coño», que se han convertido en una simple exclamación, en un relleno, en algo tan vacío como el «o sea» que se puso de moda hace algunos años (y que, por cierto, observo que hoy ha desaparecido). Como es natural, en el proceso de la vida de las palabras, cuando un término se vacía de significado, una nueva palabra viene a rellenar ese vacío, en un proceso pendular en el que no dejan de tomar parte consideraciones sociológicas. Cuando las clases sociales altas aceptan y usan un término hasta entonces reservado a las clases bajas, éstas lo abandonan y, naturalmente, acuñan una nueva expresión, que andando el tiempo es muy posible que sea también aceptada por las clases altas. Este proceso es muy parecido, aunque de signo contrario, al que ocurre con respecto del eufemismo, en el que se produce un círculo cerrado, un ciclo que se repite *ad infinitum*.

Así, un objeto o concepto considerado obsceno es designado por una palabra que, naturalmente, se considera soez; entonces esta palabra es rechazada, pero como el concepto u objeto siguen existiendo, la palabra rechazada es sustituida por otra que, significando lo mismo, es considerada más limpia. Nace así el eufemismo; pero éste, a su vez, termina por ensuciarse como significante por su íntima unión con su significado y con el tiempo será rechazado igualmente, para ser sustituido por otro eufemismo, que podríamos llamar eufemismo sub dos, que más adelante tendrá que ser sustituido de nuevo, etcétera.

Las cosas existen, las llamemos como las llamemos; las cosas siguen exis-

II ENCUENTROS COMPLUTENSES. Ángel CHICLANA. La frase malsonante, el insulto y la blasfemia, según el...
Centro Virtual Cervantes

tiendo y de alguna manera tendremos que llamarlas. No hay niguna razón por la que «defecar» o «heces» sean palabras no escandalosas y en cambio «cagar» o «mierda» sí lo sean. Por la misma falta de razón no nos explicamos que «comer» no sea palabra tabú y «cagar» sí lo sea, perteneciendo ambas a dos momentos del mismo proceso natural. Por lo menos no hay ninguna razón lógica. Puede haber razones de eso que llamamos buen gusto, pero los gustos, buenos o malos, también cambian. La frase proverbial española «llamar a las cosas por su nombre» debe hacernos pensar: por una parte significa «decir la verdad» pero por otra nos lleva nada menos que hasta el paraíso terrenal: ahí están las cosas y Adán les va poniendo nombre.

La lengua nace en el pueblo; los escritores la autorizan o dignifican (la *illustrano*, se dice en italiano: la «ennoblecen»); los gramáticos y los académicos la regulan y la fijan, en una actuación *a posteriori*. Pero hay un elemento más que entra en este juego, un elemento extralingüístico que tiene o ha tenido su importancia: la sociedad. Con un sistema axiológico que ha ejercido su poder en todas las manifestaciones sociales, la sociedad ha venido a sancionar los usos lingüísticos con los criterios de buenos o malos, decentes o indecentes, normal o vulgar, y por lo tanto, rechazable o aceptable. Repito que con criterios extralingüísticos.

El principal problema para la traducción de todo este tipo de expresiones, que podemos colocar bajo la calificación de expresiones malsonantes, consiste en que nuestra educación, la educación del traductor en general, ha sido hasta ahora purista. El slang, el argot, las jergas no han formado parte de su material de estudio (por lo menos no de forma sistemática, quedando siempre en el ámbito de una curiosidad intuitiva) y aunque hoy existen ya buenos diccionarios que acogen estos términos e incluso diccionarios sectoriales exclusivamente dedicados a los mismos, el traductor no debe vivir del diccionario del mismo modo que los términos no viven *en* los diccionarios: allí están simplemente exhibidos, catalogados. Como las piezas exhibidas en un museo arqueológico, no nos dicen nada si no sabemos leerlas y traducirlas a conceptos y deducciones históricas y culturales. El traductor, como el arqueólogo, debe leer los referentes culturales que existen en los términos de los que estamos hablando.

Dentro del esquema general de la frase malsonante había que dedicar una especial atención al campo semántico de los excrementos, al que habrá que referirse también dentro del apartado de los *insultos*. Se da en todas las lenguas con una abundancia que es explicable perfectamente por lo que tiene de desecho, de sucio, de maloliente, etc. Se trata, pues, de un término que desarrolla un gran número de derivados, naturalmente en unas lenguas más que en otras. En español, francés e italiano prácticamente podemos reducirlos a la calificación derogatoria de una persona, cosa o situación, «que son una mierda» o a la expresión imperativa de «mandar a alguien a la mierda». En cambio en inglés, sobre todo en el inglés de América, encontramos la palabra usada en muy diversos conceptos, tantos que podemos decir que casi ahogan u ocultan la acepción primera, es decir, excremento. Cualquier asunto o persona insignifi-

II ENCUENTROS COMPLUTENSES. Ángel CHICLANA. La frase malsonante, el insulto y la blasfemia, según el...
Centro Virtual Cervantes

cante *is a shit*; una conversación frívola *is a shit*; una actitud excesivamente exagerada o versallesca, cursi, se convierte en *a shit*; adular o engañar a una persona es *to shit someone*; las drogas en general y especialmente la heroína es *shit*. Las pertenencias de una persona es su *shit*. *I left my shit at home* yo lo traduciría «Vengo con lo puesto». Estar encantado con algo o alguien es cagarse en los pantalones: *If she comes, I'll shit*, que en español sí que podríamos traducir por «cagarse de gusto». Naturalmente, y en esto coincide con otros idiomas, es usado como interjección ante una situación desagradable; pero en inglés, además, ante una situación agradable o positiva: *Shit, they dismissed me!*, «¡Mierda, me han despedido!», frente a *Shit, they assumed me!*, «¡Mierda, me han contratado»; esto último no sería de recibo en español.

Un *shit ass*, literalmente «un culo de mierda», es una persona aburrida. No existe equivalente en español, pero en francés tenemos el verbo *emmerder* y el adjetivo *emmerdant*. Un *shithead* o «cabeza de mierda», en un inepto o torpe, mientras que en italiano *qualcuno con la testa piena di merda* es una persona que no tiene las ideas claras.

No voy a entrar en el campo de los refranes y frases hechas porque el tiempo no lo permite, pero no quiero dejar de recordar el equivalente a nuestro «Perro del hortelano, que ni come ni deja comer», que en inglés sería *Shit or get off the pot*, «caga o levántate de la bacinilla».

Un estudio especial merece, dentro del apartado de los insultos, las expresiones derogatorias que hacen referencia a la raza o el color. Desde el punto de vista sociocultural, uno de los más que debe tener en cuenta el traductor, no hay duda de que hay países racistas y países que no lo son. O mejor dicho, y aceptando que todos los países son racistas, hay países en los que una inmigración masiva (Inglaterra o Francia tras la pérdida de las colonias) ha producido prácticamente de la noche a la mañana una superpoblación laboral que ha desestabilizado los esquemas de las poblaciones autóctonas. O, y es el caso de los EE.UU., se trata de poblaciones afincadas desde hace siglos, pero que con la evolución política de tipo democrático, el acceso de todos a la educación y la cultura y el trasvase de la economía rural a la industrial, ven de pronto amenazados sus equilibrios por el acceso de grandes masas de trabajadores a un mercado que empieza a sentirse saturado.

Los *wogs* ingleses y los *nègres* y *noirs* franceses son lo mismo. El fenómeno en España es el mismo, aunque puede parecer menos grave si lo vemos desde el punto de vista numérico. Yo, como español, diría incluso que es más grave, por lo menos moralmente hablando, sobre todo si recordamos la reciente historia de nuestra emigración política; me estoy refiriendo al derogatorio tristemente actual de *sudaca*.

Pero dejando aparte consideraciones de tipo sociológico y centrándonos en los aspectos más bien lingüísticos que nos ha reunido aquí, el caso de los EE.UU. merece que le dediquemos una especial atención. Teniendo en cuenta que los EE.UU. son un país prácticamente formado por la inmigración, el pro-

II ENCUENTROS COMPLUTENSES. Ángel CHICLANA. La frase malsonante, el insulto y la blasfemia, según el...
Centro Virtual Cervantes

blema se plantea allí en unas coordinadas diferentes. Un país formado sobre los presupuestos de una constitución democrática lleva a la extensión y, por consiguiente, a la difuminación de unos derechos reservados anteriormente a unos pocos. La indiscutible democracia del funcionamiento del país hacia el interior ha ido cambiando las leyes y los criterios de aplicación de las mismas; no sin violencia: todos recordamos los problemas de segregación en los transportes públicos, en el acceso a los estudios superiores, a los altos cargos de la Administración, etc.) Las leyes han podido cambiar, pero no las mentalidades. Los EE.UU. son probablemente el país donde más derogatorios existen referentes a las razas e incluso a los países de origen de los correspondientes emigrantes. Más aún, mientras más fuerte sea el contingente de inmigración, más numerosos y más envenenados serán los apelativos con que se designan a esos emigrantes.

Si dividimos a la población de ese país en los dos grandes grupos que la forman desde el punto de vista de color, nos encontramos con un sin número de derogatorios que se lanzan alternativamente blancos a negros y negros a blancos.

Para los blancos el negro es un *coon* (abreviatura de *racoon*, algo así como «hiena» o «devorador de excrementos»), o un *borrhead* o «cabeza espinosa», en clara referencia al pelo híspido o rizado, o un *jigaboo*, de etimología que no he logrado descifrar. El *jungle bunny* hace clara referencia a la selva africana. El uso de *moke* puede provenir tanto de *to mok* («burlar» o «burla») como de *moka* o «café negro». Naturalmente, un grupo de negros o un mitin de negros es un *load of coal*, «una carga de carbón». El *nigger* por supuesto es considerado un insulto en boca de los blancos, pero usado entre negros no es en absoluto derogatorio.

Pero el numeroso contingente de americanos de color también ha desarrollado su fantasía para denigrar al blanco, tradicionalmente detentador del poder y, por tanto, opresor. Un *fay* («hada»); un *gray* («gris»), en referencia al color de los uniformes de los esclavistas del ejército confederado; hoy los negros saben que también los *blues* o «unionistas» son racistas. Un *hinkty*, que sería un «snobb» o, en general «un hombre bien vestido», es igualmente usado como insulto por los negros. Igual que *honke* (de etimología desconocida, pero que creo que pueda ser «tocador de bocina» en referencia a los blancos, únicos que podían hace años permitirse el lujo de tener automóvil). Pero lo más interesante desde el punto de vista sociológico es el uso de términos derogatorios aplicados a blancos que hacen al mismo tiempo referencia al poder o al aparato de gobierno. Un *Mr. Charley* es un blanco, sí, pero también un funcionario. Un *spook* es al mismo tiempo un blanco y un agente de la CIA. Un *Micky Mouse* es al mismo tiempo un blanco y un policía. En este apartado podríamos incluir el *Uncle Tom* con el que los negros califican a los individuos de su misma raza que creen en los blancos y en sus buenas intenciones. En otras palabras, un colaboracionista. Como es lógico, todo este material no es traducible directamente al español. Ni siquiera en el caso de los más asépticos, *black* o *nigger*,

II ENCUENTROS COMPLUTENSES. Ángel CHICLANA. La frase malsonante, el insulto y la blasfemia, según el...
Centro Virtual Cervantes

tendrían significado trasladando simplemente su equivalente, «negro»; habría que reforzarlos con *el jodido negro* o *el cabrón del negro*.

En cuanto al uso trasladado de los patronímicos, coinciden con el español *french* por felación («un francés») o *greek* por «un griego». Pero es curioso el significado de *excuse my French*, perdone mi francés, que se usa después de soltar un taco y que habría que traducir por «perdone mi manera de hablar».

Respecto a los judíos no debemos de extrañarnos de la enorme cantidad de derogatorios, aunque la mayor parte de ellos no tienen carácter ofensivo desde el punto de vista etimológico. Por ejemplo, las derivaciones del antropónimo Abraham: *Abe, Abie, Hebe*, etc. Otros como Kike está sin duda derivado de las terminaciones de los apellidos de los numerosos judíos eslavos emigrados a los EE.UU.: Markovich, Petrovich, etc. *Mockey* sin duda alguna se deriva de *to mock*, «ridiculizar». Algunos de ellos, si nos olvidamos de la intención insultante que llevan, pueden llegar a ser francamente divertidos por lo que tienen de descriptivos, como el *clipped dick* o «picha recortada», en clara referencia a la circuncisión.

Aceptemos o no la existencia de un cierto racismo en España, no nos cabe duda de que determinadas expresiones derogatorias culturalmente explicables y expresivas en el inglés de EE.UU., son absolutamente intraducibles en español, y el criterio que intenten expresar tiene que ser manifestado por medio de una ampliación lingüística en la que resida la carga insultante, como hemos dicho en el caso de «un negro» y «un jodido negro». Por ejemplo, nuestro «sudaca» (y añado con dolor, nuestro desgraciado sudaca), no se correspondería con el inglés *wet-back*, aplicado a los inmigrantes clandestinos, generalmente mejicanos, empleados en labores agrícolas en el Sur de los EE.UU. Y, a la inversa, nuestro derogatorio «judío», desgraciadamente anclado en consideraciones históricas de tipo sociocultural, no es traducible simplemente por el inglés *jew*. Y mucho menos lo serán las adjetivaciones del tipo «perro judío» o los derivados «judiada», «hacer judiadas», etcétera.

Además, de los descalificativos de referencia racista, existen otros insultos, más abundantes y, desde luego, más fácilmente traducibles. Propongo un tipo de clasificación que he deducido de mis observaciones de otras lenguas en las que se dan los mismos tipos de agrupaciones.

Veamos en primer lugar los insultos que hacen referencia a un defecto físico. Todas las lenguas coinciden en no aceptar todos ellos, sino sólo aquéllos que presentan una deformación demasiado evidente o que ridiculiza el aspecto exterior con el que nos imaginamos paradigmáticamente la perfección del ser humano. Llamar a alguien jorobado, cojo o tuerto puede constituir un insulto, mientras que diabético, manco o ciego no lo son. Al pobre Ruiz de Alarcón se le criticaba más por su corcova que por los resultados artísticos de sus comedias, excelentes por otra parte. Las referencias con intención insultante a nuestro Cervantes no llegaban a hacer blanco en él, que su «manquedad no había nacido en alguna taberna, sino en la más alta ocasión que vieron los siglos...»

Sobre este particular caso de los defectos físicos parece ser que coinciden

II ENCUENTROS COMPLUTENSES. Ángel CHICLANA. La frase malsonante, el insulto y la blasfemia, según el...
Centro Virtual Cervantes

todas las lenguas de nuestro ámbito cultural occidental. Hay defectos físicos que conllevan un carácter negativo y, por lo tanto, son utilizados como insultos, y otros que no, que en todo caso producen conmiseración. Si tuerto es un insulto, ciego debería ser doblemente insultante y, sin embargo, no es así. Tendríamos que remontarnos a la *Poética*, de Aristóteles, o al *De oratore*, de Cicerón para explicarnos estas distinciones. Para Aristóteles, lo ridículo (το γελοιου) es una falta o defecto que no produce pena o conmiseración y en el mismo sentido, como es natural, dada la fuente, se manifiesta la distinción de Cicerón entre *turpitudo*, o «fealdad que provoca la risa» (*ridiculum*) y *deformitas*, que provoca dolor o conmiseración y, por tanto, no provoca a la risa. Sobre este particular parece ser que coinciden nuestras lenguas y, por consiguiente, estos insultos no presentarían ningún tipo de dificultad para ser traducidos.

No ocurre lo mismo con los defectos psíquicos. El más corriente en nuestra lengua sería «tonto», pero precisamente es tan común que tiene que ser reforzado de alguna manera para que produzca el efecto derogatorio buscado, y así aparecen las formas del tipo «tonto del culo», «tonto del haba», etc., que ya no son directamente traducibles a los simples *silly* o *scemo*.

Lo mismo ocurre con el francés *con* y su sustantivo connerie, cuyas traducciones literales no significan lo mismo en otras lenguas, «coño», «coñada», *cunt* o *fica*. El correspondiente italiano, *defficiente*, en español su carácter de insulto queda aminorado por la forma culta de la expresión.

El desprecio en general sí que se da de forma paralela y es, por tanto, traducible en estas lenguas. Una cosa o una persona sin importancia es «una mierda» y no ofrece mayor problema (en Andalucía he oído a menudo «ese tío es un mojón» o «un mojón de pie», que se corresponde a la perfección con el inglés *turd* o el italiano *stronzo*). En inglés va reforzado en general con la indicación del animal productor: *bull-shit*, perfectamente traducible en ciertos casos por nuestra «mierda de vaca», con clara indicación al tamaño de las defecaciones de este animal. Probablemente el francés *vache* sea un eufemismo en el que se ha eliminado el término malsonante: *merde de vache*.

Un gran apartado podría ir bajo la etiqueta general de insultos de calificación social; por ejemplo, aquellos que hacen referencia a los ascendientes de la persona insultada, del tipo «tu puta madre» o «el cabrón de tu padre», que, naturalmente, no se refieren a los ascendientes, sino a la persona a la que se insulta. Hay que tener en cuenta, de todas formas, en qué contextos aparecen porque casi todos ellos pueden tener al mismo tiempo un carácter positivo: en español, una película, una mujer, un libro o un vino pueden «estar de puta madre» y expresiones del tipo «¡Qué hijo de puta!» o «¡Qué cacho de cabrón!» pueden ser perfectamente positivos, y así se manifiesta por la entonación. Estos mismos ejemplos se corresponden a la perfección con los ingleses *Bastard!* o *Son of a witch!*, pero no con el francés *fils de putain*. El italiano *figlio di putana*, aunque no con la frecuencia que en inglés o en español, puede también perder su carácter insultante, dependiendo, como es natural en todos estos casos, de la entonación y el contexto.

II ENCUENTROS COMPLUTENSES. Ángel CHICLANA. La frase malsonante, el insulto y la blasfemia, según el...
Centro Virtual Cervantes

El campo semántico del *sexo*, y no podía ser menos, ofrece igualmente una variada gama de usos, tanto en lo que se refiere al sexo en sí mismo, como al uso trasladado a otras situaciones, del tipo *con* en francés, que significa simplemente «tonto», como el «carajote» español; o del tipo «estar encoñado», que significa tan sólo «estar encaprichado» o «estar enamorado».

La gran importancia y variedad de los términos referidos a derivados del campo del sexo es explicable, sin duda alguna, por las descalificaciones que han merecido en nuestro ámbito occidental de cultura cristiana. De la prohibición moral del sexo se pasa fácilmente a la prohibición social de hablar de él, asunto al que ya he aludido en la primera parte o introducción teórica de esta ponencia. El tabú impuesto sobre el sexo ha manchado de su contaminación todas las denominaciones que, de una u otra forma, tenían algo que ver con él. Y ha desarrollado, por esta misma razón, una amplia variedad de eufemismos, metáforas y traslaciones.

Veamos en primer lugar el sexo como instrumento, como órgano. Probablemente sea donde más metáforas encontremos, la mayoría de ellas referidas a las semejanzas físicas con el mundo animal o vegetal. Nuestro «conejo», nuestro «higo» o nuestra «almeja», lo mismo que nuestros «pepino», «nabo» o «huevos», si nos referimos al sexo masculino, tienen sus equivalentes en otras lenguas, aunque no se correspondan exactamente a los mismos animalitos o productos hortofrutícolas.

Pero, a la hora de traducir, al «higo» español no le correspondería en italiano *il fico*, sino *la fica* y el «pepino» sólo en alguna región italiana se traduciría por *cetriolo*; lo normal sería traducirlo por *pisello*, «guisante», que en español precisamente tendría un matiz derogatorio en lo que se refiere a su reducido tamaño. *Le uova* tampoco traducen los «huevos» del español; sí, en cambio, *le palle*, las «pelotas», en lo que también coincide el inglés *the balls*. Y, viceversa, no podríamos traducir *rompiscatole* por «rompe-cajas» sino por «cojonazos» o «cojones de plomo», en referencia a una persona pesada e inoportuna. En este caso, el italiano está más cerca de los compuestos ingleses del tipo *ball-breaken* o *ball-buster*.

De la misma manera, el *conejo* español no se corresponde con el *rabbit* inglés sino con el *beaver*, castor. Pero no debemos confiarnos con esta correspondencia porque «ir a la caza de conejos» o «a la busca de conejos» y traducirlo en inglés por «ir a la busca de castores» estaría equivocado, ya que *to be on beaver patrol* significa precisamente lo contrario: es la chica que va buscando un *partner* para el sexo.

En nuestra sociedad machista no podía faltar la referencia al tamaño con sentido ponderativo o derogatorio: *hung like a bull*, «estar como un toro», frente a *hung like a chicken*, «como un pollito».

En inglés, curiosamente, no existe referencia alguna a los productos vegetales que han dado lugar a tantas metáforas en italiano, francés o español. En cambio en inglés, cosa que no se da en estas últimas lenguas, encontramos abundantes eufemismos para designar al sexo femenino por medio de metáfo-

II ENCUENTROS COMPLUTENSES. Ángel CHICLANA. La frase malsonante, el insulto y la blasfemia, según el...
Centro Virtual Cervantes

ras pertenecientes al campo semántico de los dulces de pastelería. El «coño» en inglés puede ser el *cake*; o el *hair pie*, la «tarta de pelos»; o el *jelly roll*, «bollitos de crema». Y, naturalmente, un *cake aeter*, un «comedor de pasteles», es un hombre de intensa vida sexual. Una chica con muy buen tipo es una *fatty cake*, un «buen pastel», un «pastel con mucha mantequilla».

No vale la pena hacer referencia a las formas más usuales, que serían las más claramente etimológicas, del tipo «coño», *cunt,* «carajo», *cazzo,* etc., porque no ofrecen particularidad alguna a la hora de traducirlas. Baste decir que se corresponden perfectamente tanto en su valor denotativo como en su utilización exclamativa. Son las otras formas, las metafóricas, las que pueden ofrecer alguna particularidad digna de mención. Por ejemplo, el inglés *box*, caja, referido al sexo femenino, que da lugar a *to be in the box*, «joder». Más difícil es entender que *tail*, «cola» o «rabo», pueda significar en inglés «vagina», pero así es. La traducción en este caso sólo puede hacerse por medio del tradicional «coño», perdiéndose así el posible exotismo del término vulgar original. Y, al contrario, supongo que puede resultar extraño para un angloparlante el hecho de que su *cook*, «gallo», se corresponda a la perfección con nuestro femenino «polla». El *dang* o el *dong* sí que tendrían exacta correspondencia con nuestro «dinguilindón», algo onomatopéyico si pensamos en el juego de campana y badajo; este término no lo he oído directamente, pero lo he encontrado en autores de los siglos XVI y XVII.

Las formaciones o composiciones ofrecen un campo más abierto a soluciones generalmente cargadas de una nota de humor. En inglés, por ejemplo, por el mismo procedimiento que de *business* forman *businessman* y tantos otros, de *cock*, carajo, crean el *cocksman* que habría que traducir por el «jodedor». El *cock* como adjetivo ponderativo se traduciría, en cambio, por nuestro «cojonudo»: *a cock sports car*, «un coche deportivo cojonudo».

El uso en sentido trasladado de todos estos términos es prácticamente paralelo en todas estas lenguas, fáciles de traducir, por tanto. «Una situación de los cojones», «de mis cojones», «no me sale de los cojones», «estoy hasta los cojones», etc., ofrece los mismos resultados, por ejemplo, en italiano. Un *coglione* y hasta el femenino *cogliona*, es un estúpido, un inepto, lo que se corresponde con nuestro «cojonazos» o, todavía mejor, con nuestro «carajote». Aver i coglioni duri, es «ser enérgico o voluntarioso». *Avere qualcuno sui coglioni*, tener antipatía a alguien; la frase italiana es desde luego más expresiva, en este caso, que la correspondiente española «tener a alguien en la boca del estómago», pero el español no rechazaría «tener a alguien sentado en los cojones». *Girare i coglioni*, «darle a uno vueltas los cojones», se correspondería con el «se me hinchan los cojones». *Rompere* o *tirare i coglioni a qualcuno*, «molestar a alguien», etc. Esta última frase en su expresión imperativa negativa con el sentido de «no fastidiar», se expresa por *non rompere* o *non tirar*, equivalentes a nuestro «no jodas». Prácticamente se corresponden con expresiones como las citadas en el último lugar, las inglesas a las que ya hemos hecho referencia, del tipo *ball-breaker* o *ball-buster*. Lo mismo que la frase idiomática *to break one's balls*,

II ENCUENTROS COMPLUTENSES. Ángel CHICLANA. La frase malsonante, el insulto y la blasfemia, según el...
Centro Virtual Cervantes

«romperse los cojones en algo», o «dejarse los cojones en la empresa», con el sentido de hacer alguna cosa con un esfuerzo máximo. «De cojón de pato», «de cojón de mico» como ponderativos son, en cambio, intraducibles.

Pero dejemos ya el tratamiento del sexo como instrumento porque queda aún mucha tela para cortar, y pasemos a tratar del mismo como actuación.

Sin duda alguna, la palabra clave en torno a la cual se van a dar las significaciones de posturas, frecuencia y resultados, es el verbo *joder*. En español ha desarrollado una serie de eufemismos, algunos descriptivos y otros alusivos.

Entre «joder» y «follar», el lenguaje coloquial se decanta evidente por el primero, del latín *futuere*, de antiquísima prosapia en nuestra lengua: nada menos que en una inscripción de 1332 se lee la maldición «fodido sea», con su flamante *f-* inicial. El mismo infinitivo ha dado lugar al sustantivo «jodienda».

Su uso como simple interjección, es decir, sin denotación directa de su significado pero conservando la carga de tabú que conlleva, se da en todas las lenguas que estamos tratando. En el mismo sentido actúa su participio, que añade un carácter derogatorio a todo lo que toca. Recuerdo una frase o un chiste de la posguerra española: un herido del bando franquista era un «caballero mutilado», mientras que un herido del bando republicano no era más que «un jodido cojo». *Etre foutu, essere fottuto* o *to be fucked*. Lo demás son cuestión de matices, esclarecedores o amplificativos muchos de ellos, pero no siempre traducibles. En inglés, por ejemplo, existe *to be fucked up*, «arriba», «hasta el fondo», «hasta la garganta».

Esta utilización como adjetivo simplemente derogatorio, sin referencia al significado de origen etimológico, sirve para que podamos aplicar el participio a cualquier cosa o situación y no solamente a personas, únicas susceptibles de ser verdaderamente jodidas. *Fucked up* es cualquier cosa desordenada o confusa o echada a perder. En español, «se me ha jodido un asunto», o «un negocio», etc. En italiano se expresa por una forma pasiva: el asunto *è andato a farsi fottere*. Siguiendo en italiano, tiene una vasta utilización como base de producción de expresiones proverbiales. *Fottitene* habría que traducirlo simplemente por «olvídate de eso», «no te preocupes». La traducción correcta, quiero decir correcta desde el punto de vista de mantener toda su carga vulgar, sería «Que le den por culo a eso», con un cambio radical en el sujeto que ejecutaría la acción, y en el sujeto pasivo, nunca mejor dicho.

Formas más alusivas, como «tirarse a una mujer», tiene también sus equivalentes, *to roll, to get over, to go down*. Pero, atención, *to go down* on *someone* significa realizar un *cunninlingus*. El español ha incorporado, a partir del famoso romance de García Lorca, el «llevársela al río», pero ya extistía de antes el «llevársela al huerto» y el «llevársela al pajar». Este último traduce al pie de la letra el inglés «to roll in the hay».

Todo el material lingüístico con el que contamos sobre este particular no ofrece mayores problemas para ser traducido de unas a otras de las lenguas que estamos considerando, siempre que los usemos en su significación directa. La felación y sus correspondientes formas vulgares, «la mamada», «la chupada»,

II ENCUENTROS COMPLUTENSES. Ángel CHICLANA. La frase malsonante, el insulto y la blasfemia, según el...
Centro Virtual Cervantes

etc., tienen equivalentes exactos en esas lenguas: *succer, succhiare, to suck*, etc. En cambio, si nos trasladamos al terreno metafórico la traducción se hace muchas veces imposible. El *pompino* italiano o el *to blow* inglés, «soplar». Por supuesto, el «soplapollas» español se acerca a este último ejemplo, pero ya tiene otro significado: simplemente, «tonto».

«Echar un polvo», «echar un casquete», etc., tienen en esas lenguas sus equivalentes de acción, del mismo modo que los infinitivos «joder», «follar», etc. En cambio, ciertas variaciones o fantasías en la manera de realizar el coito empiezan ya a entrar en el campo de lo intraducible por medio de equivalencias. Por ejemplo, «echar un polvo rápido» en inglés se traduce por la preciosa, para mi gusto preciosa, expresión *wham-bam-thank-you-ma'am*, algo así como «gracias-señora-adiós-señora».

Un tipo de construcciones sumamente curioso se da en inglés y no he encontrado equivalentes en ninguna otra lengua. El fenómeno no podía faltar en este siglo de siglas, como diría nuestro maestro Dámaso Alonso, y se trata precisamente de eso, de utilizar las siglas o primeras letras de cada una de las palabras que forman una frase de significado vulgar. Unos cuantos ejemplos podrán aclarar lo que digo:

SAPFU sería la expresión, por medio de siglas, de *surpassing all previous fuck-ups*, literalmente «mejorando todas las jodiendas anteriores» y con el significado de «muy desordenado», «mangas por hombro», etc. En español tenemos generalmente «esto es un gallinero» o «esto es un bebedero de patos» o «esto es una casa de putas». La expresión más cercana a ese *fucking* inglés la he oído en el Sureste de España, exactamente Almería: «esto es un follaero».

Otra composición interesante es FUMTU, *fucked up more than usual*, «más jodido que nunca», «hecho polvo».

O FUBAR, *fucked up beyond all recognition*, «irreconocible de puro sucio» o «de puro jodido».

El procedimiento, como ya he dicho, es sumamente curioso pero no se da en otras lenguas. En español que yo recuerde, sólo he encontrado HP, por «hijoputa» o PM, «por puta madre», o NPI, «ni puta idea».

Bien. Espero haber dejado las cosas claras: «al pan, pan y al vino, vino». Pero sobre todo, espero haber dado algunos consejos para que los que nos dediquemos a la traducción no llamemos de ahora en adelante «al pan vino y al vino pan». Muchas gracias y pido perdón a quien haya podido molestar el tema que he elegido para esta conferencia.

II ENCUENTROS COMPLUTENSES. Ángel CHICLANA. La frase malsonante, el insulto y la blasfemia, según el...
Centro Virtual Cervantes

Centro Virtual Cervantes